



Homilía

Acción de gracias por la Beatificación de la Madre María de la Purísima, Hermana de la Cruz

Santa Iglesia Catedral, Jerez 31 de octubre de 2010

Hermanos sacerdotes; Queridas Hermanas de la Cruz de los conventos de Jerez y Sanlúcar de Barrameda; queridos todos en el Señor:

Con gozo compartimos esta Eucaristía para celebrar la fiesta de la **Beata Madre María de la Purísima de la Cruz**, Madre General de la Compañía desde el 11 de Febrero de 1977 hasta el día de su muerte el 31 de Octubre de 1998, y su reciente Beatificación el pasado 18 de Septiembre en Sevilla, presidida por Mons. Angelo Amato, Prefecto de la Congregación de los Santos.

Hoy, día en que se cumple el doce aniversario de su muerte, o mejor, de su nacimiento en el Señor, lo primero es dar gracias a Dios por haber dado a la Iglesia y a la Compañía de la Cruz una hija tan fiel seguidora de **Santa Ángela**; una religiosa observadora intachable de las reglas del Instituto y una hermana tan amante del carisma fundacional como lo fue la **M. M^a de la Purísima**. Austera y pobre para sí misma - **«De lo poco, poco»**, solía decir- hizo vivir a las hermanas el espíritu del Instituto en la fidelidad a las cosas pequeñas y en la entrega generosa a todos los que la necesitaban.

Al mismo tiempo que le damos gracias a Dios, elevamos también nuestra petición al Señor para que, en la **“comunión de los Santos”**, la Beata interceda por nosotros, que queremos enriquecernos con su espíritu y ser aleccionados con el ejemplo de su vida.

Por eso, hagámonos hoy todos **Hermanas de la Cruz** y aprendamos de ella, que fue tantos años Superiora de las casas de Estepa y Villanueva del Río y Minas, Maestra de novicias y Consejera general. Dejémonos instruir por la que es ya para nosotros y para toda la Iglesia -como nos decía Monseñor Amato en su homilía-: la Madre General del postconcilio. Tres lecciones podemos traer hoy aquí.

El amor a la cruz

Situada en la Cruz como su madre Santa Ángela, encuentra allí no sólo la verdad de Jesús, sino también el camino de la vida. Es la vocación que le enseñó Madre Angelita porque fue donde la Fundadora se sintió llamada expresamente por el Señor: subirse a la Cruz, frente a Nuestro Señor Jesucristo, en comunión de entrega y de sufrimientos; pero también con la alegría íntima que sólo el amor proporciona.

Por tanto, hermanos/as, la primera lección que al unísono con la Santa Madre nos da esta hija suya es la necesidad de ir a beber a la fuente de la Cruz de Cristo, que no es más que dejarnos querer por el Señor: **“si conocieras el don de Dios y quién es el que dice <dame de beber> ...”**, fueron palabras de Jesús que invitaron al **“seguimiento”** ... y que en M. Purísima encontraron una acogida cordial y enamorada.

Y lo que al principio parece difícil y áspero de vivir, la gracia y la perseverancia lo facilita y lo vuelve dulce y amable -como bien podrán testimoniar tantos enfermos y ancianos, tantos pobres y niños necesitados, que tuvieron la dicha de ser atendidos por nuestra Beata Madre María de la Purísima.

Porque la Cruz no sólo está en el Calvario ni a Jesús se le encuentra sólo en la meditación religiosa, que a muchas almas sencillas le cuesta y agota. Sino que Jesús se hace presente allí donde la necesidad del hermano es una presencia y un grito que pide un gesto de amor. De amor entregado y generoso. De una palabra de consuelo y un servicio abnegado y eficaz.

A la hermana de la Cruz el amor de Dios la envuelve. Su voluntad la orienta y encamina. En ese calvario, que por sus circunstancias viven tantas familias, crucificadas por la enfermedad o la pobreza, la hermana de la Cruz encuentra al Señor. Y Jesús se le hace cercano, amigo, esposo y compañero... Ahí encuentra ella su identidad. Lo dijo El:

“.. El que cumple la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre..” (cf Mt 12, 50).

Ése es el agua que sigue brotando en los conventos de las hermanas de la Cruz. Y éste es uno de los motivos que hoy nos convoca aquí, en la Catedral, junto a ellas: el trabajo incansable de esa madre General que dio su vida, su corazón y sus oraciones para que cada convento de la compañía fuera un pozo de caridad donde una mano samaritana estuviera siempre dispuesta a calmar la sed de Jesús -sediento en el camino-, con el mismo amor con que El desde la Cruz ofrece a todos los hombres.

Coloquémonos, pues, como **M. M^a de la Purísima** muy cerquita de la cruz del Señor, que no es más, como bien nos muestra ella, que dejarse inundar por su sabiduría, esto es, dejarse llenar el corazón y la vida por la humildad. La humildad que **Santa Ángela** expresaba diciendo: **“No ser, no querer ser, pisotear el yo, enterrarlo si posible fuera..”**

Esa sabiduría hoy es no dejarse engañar por una sociedad que niega a Dios por elevar al hombre a ser como Él, sino saberse **“hijo”** del Creador y pecador redimido por el **“Hijo único”**. Es tener la firme convicción de que sólo en el lenguaje de la Cruz puede este mundo abrir la puerta de la esperanza. No está el futuro en el rechazo a Dios, sino en encontrar su voluntad para vivir solidariamente en la entrega generosa a los demás. Nos lo enseña con su vida la M. M^a Purísima:

“Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos..” “el que pierda su vida por Mi y por el Evangelio, la encontrará” (Cf. Jn 15, 13; Mt 10, 39)

Fidelidad al carisma

Otra lección que hoy nos ofrece la Beata M. es la fidelidad. De hecho, cuando se pregunta ¿qué fue lo que permitió a la **M. M^a de la Purísima** morir con tal fama de santidad?, sus hermanas de Congregación no dudan en responder: la fidelidad a su carisma. Especialmente porque tuvo que guiar a su comunidad entre 1977 y 1998, tiempo en el que no pocos Institutos afrontaron con incertidumbre el desafío de saber interpretar, según el espíritu del Concilio Vaticano II, las nuevas orientaciones emanadas para la vida religiosa.

Ella supo cuidar el tesoro que la Providencia había puesto en sus manos y llevarlo a la época del post-concilio respetando toda su originalidad, según el espejo de la **M. Fundadora**, como la mejor forma de conservar tanto la fecundidad apostólica de un carisma necesario en la Iglesia, como su capacidad de irradiar amor y atractivo para tantas jóvenes que siguieron entrando por la misma **“puerta estrecha”** que entró M. Angelita, a pesar de la crítica externa de esos años a la radicalidad evangélica con que las Hermanas seguían la exigente austeridad y profundo desprendimiento que Santa Angela había imprimido a la joven Congregación sevillana.

Destaca en **M. M^a de la Purísima**, sobre todo durante los años de la dirección del Instituto, su gran fidelidad a las Reglas; su esmero en seguir las huellas de su Fundadora; y su apertura de espíritu para estar a la altura de la exigencia de los tiempos. En su beatificación la definieron como un modelo de Madre General en los tiempos actuales, que necesitan el mismo temple heroico con que la Beata vivió el suyo. En el difícil período postconciliar, perseveró en la sana tradición, indicando a sus hermanas aquel camino de santidad y de servicio querido por la santa Fundadora, y rechazando la moda efímera de cambios externos, exentos de eficacia apostólica.

Pues bien, esa lección de fidelidad es la que aprendemos al venerar a nuestra Beata. Ella nos invita a todos nosotros a ser fieles a nuestro Señor, defendiendo la familia y el matrimonio, el amor a la verdad; siendo generosos, compartiendo con los más necesitados y sobre todo buscando día a día vivir y morir con Cristo.

Seducida por el Señor

Por último, a la luz del Evangelio de las Bienaventuranzas que se ha proclamado, que resuena en toda la Iglesia el día de **“Todos los Santos”**, Madre María de la Purísima nos invita a todos a dejarnos seducir por el Señor, a vivir esa llamada a la santidad que hemos recibido por nuestro bautismo, es decir: **“ser santo .. como nuestro Padre celestial es Santo”**. (cf. Mt 5, 48)

El mensaje profundo de estas palabras nos lleva a escuchar a nuestra querida Madre General confirmándonos que con la gracia de Dios es posible ser feliz viviendo el heroico carisma de Santa Ángela porque el corazón que ama sólo es feliz haciendo felices a los demás. Con la gracia de Dios es posible salir de la vida egoísta que ofrece el mundo y desafiar la propuesta deshumanizadora que nos quiere imponer la dictadura del relativismo testimoniando con fuerza y autenticidad la verdad del amor.

En un mundo que no cree en el amor como un compromiso fiel, gratuito y definitivo, con la gracia de Dios es posible presentar a muchas familias viviendo en santidad, esto es, en fidelidad y entrega mutuas, y al mismo tiempo, en apertura servicial a la comunidad. La constelación juvenil debe conocer que el ideal de la familia cristiana tiene suficiente poder de seducción para que las parejas puedan vivir su noviazgo en castidad, abnegación y esperanza ilusionada para llevar a cabo el proyecto de Dios en sus vidas.

Ante una mentalidad hedonista, que sólo contempla la plenitud del individuo en el placer y el tener, es posible, con la fuerza del Evangelio y la gracia de Dios, testimoniar que sigue habiendo jóvenes mujeres dispuestas a escapar de una vida superficial y consagrar su existencia en la Compañía de la Cruz al servicio de los más pobres, porque el amor esponsal a Jesucristo, y "**Éste Crucificado**" (cf. 1 Cor 2,2), abre el corazón al mismo horizonte de grandeza y plenitud que contempló **María, la Madre de Dios**. Sus palabras son siempre elocuentes y hoy encuentran su eco en esta celebración: "**he aquí la esclava del Señor, hágase en mí, según tu Palabra**" (Lc 1, 38)

Por tanto, hermanos, abramos al mundo las puertas del cielo. La visión que nos ofrece San Juan en el libro del Apocalipsis es para nosotros un anticipo de la dicha última que nos aguarda y la "**herencia**" que nos está reservada (cf 1 Pe 1, 4).

Esta tarde, junto con Todos los Santos, compartimos el gozo de estar congregados por el mismo Amor y la misma Presencia, que ellos glorifican en el cielo y nosotros adoramos aquí, en el **Santísimo Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre**. La Eucaristía nos une a todos. Nos abraza a todos. Porque, en definitiva, ella nació como un torrente, del costado abierto de Cristo en la Cruz, manantial que salta hasta la vida eterna. Así nos lo testifican hoy **Santa Angela de la Cruz** y la **Beata M. María de la Purísima**. Así sea.

+ **José Mazuelos Pérez**
Obispo de Asidonia-Jerez